EL ÁRBOL QUE DABA SED



EDICIÓN PARA COLOREAR

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2005
2ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

© Miguel Ángel Jusayú
© Monte Ávila Editores Latinoamericana

Edición y corrección
Génesis Lozada

Tratamiento de las imágenes / Diseño de portada y diagramación
Greisy Letelier

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio.
Municipio Libertador, Caracas, código postal 1010, Venezuela.
Teléfono: (+58) 212-4850444 y 4828989

ISBN: 9789800126561
Depósito Legal: DC2026001134

EL ÁRBOL QUE DABA SED



EDICIÓN ESPAÑOL

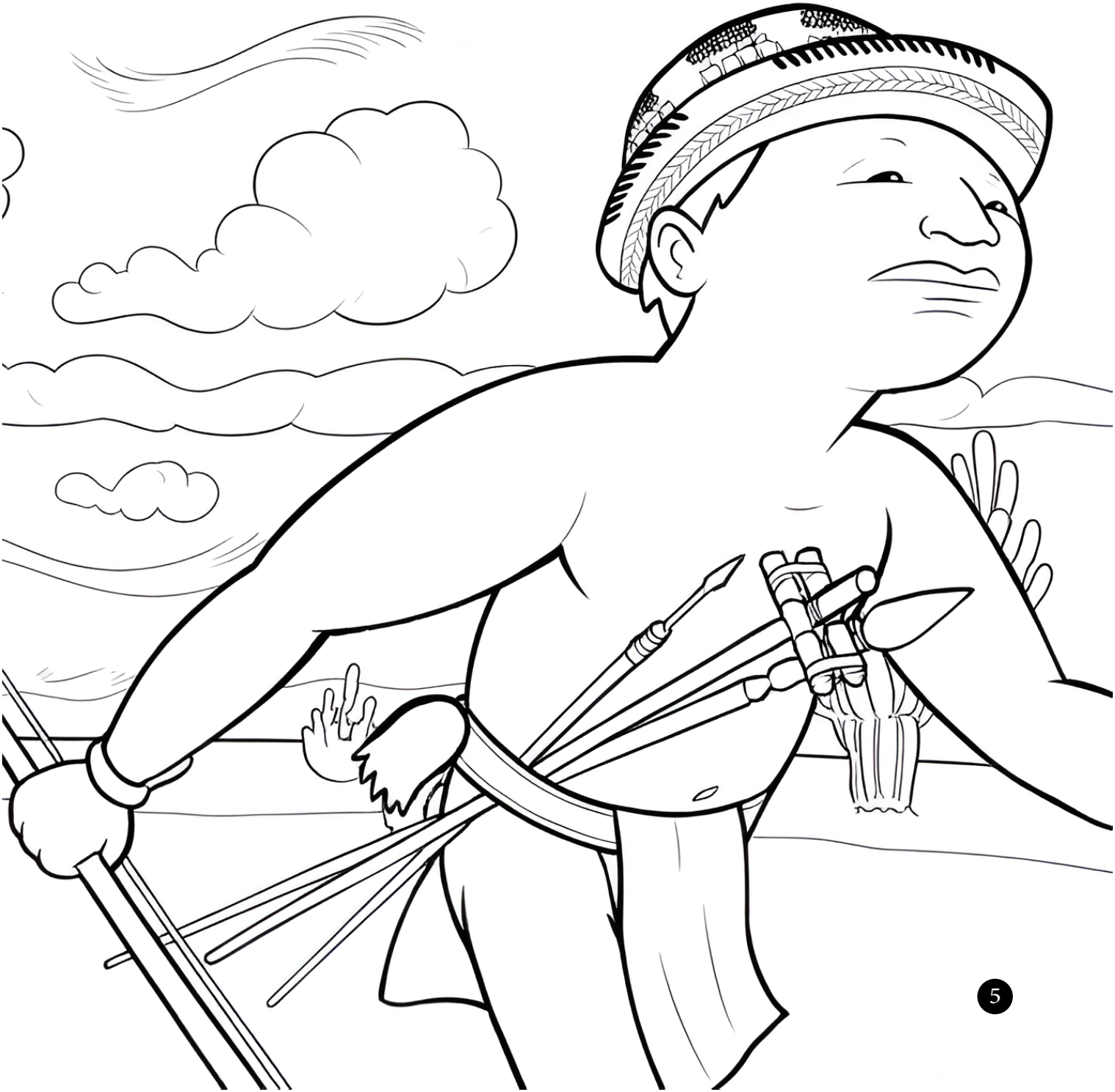
NARRACIÓN ORIGINAL
MIGUEL ÁNGEL JUSAYÚ

ILUSTRACIONES
OSWALDO ROSALES

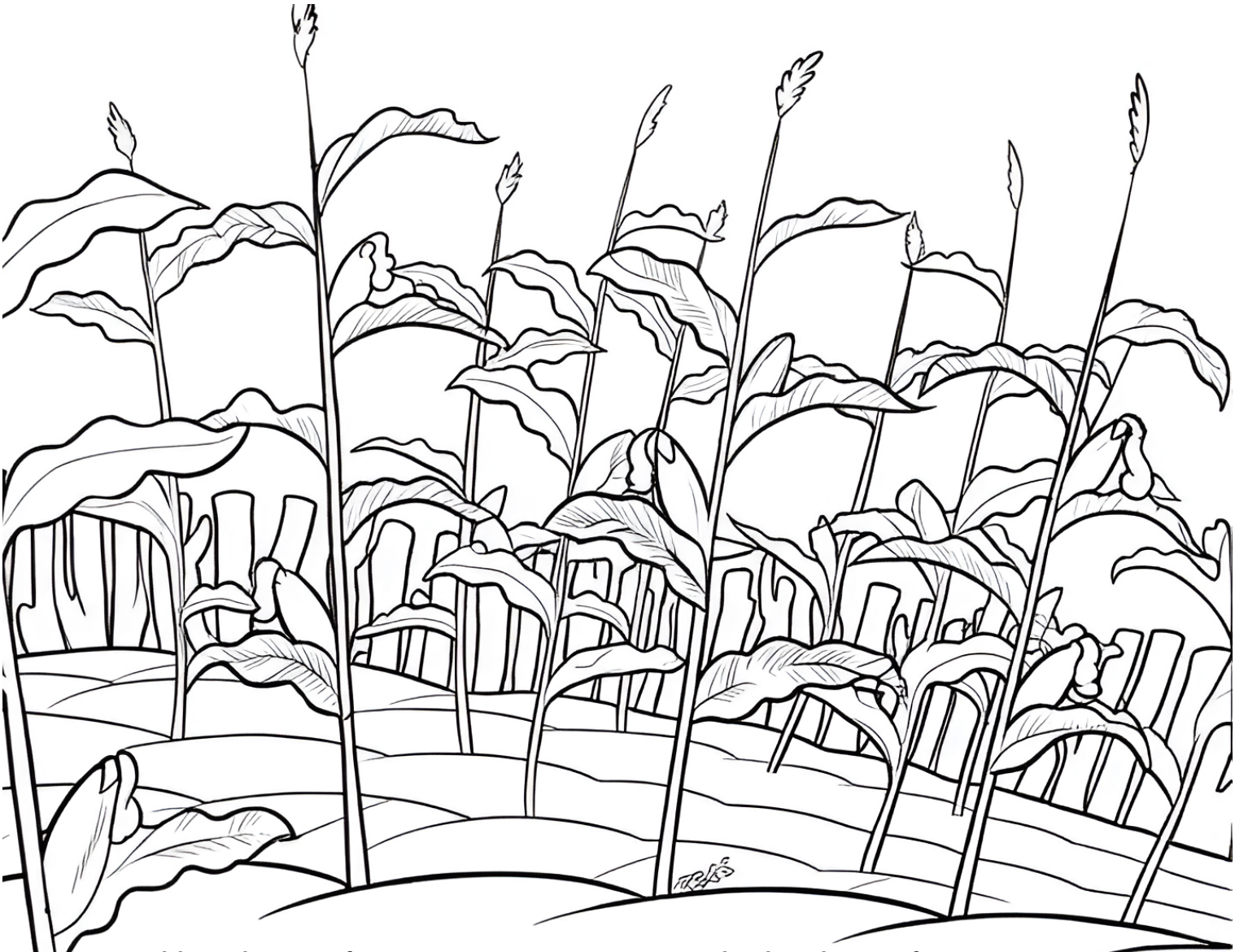
MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



En las áridas tierras de la Guajira,
cuentan que vivió un hombre muy hacendoso
y diligente a quien le gustaba ir, de cuando
en cuando, a cazar.





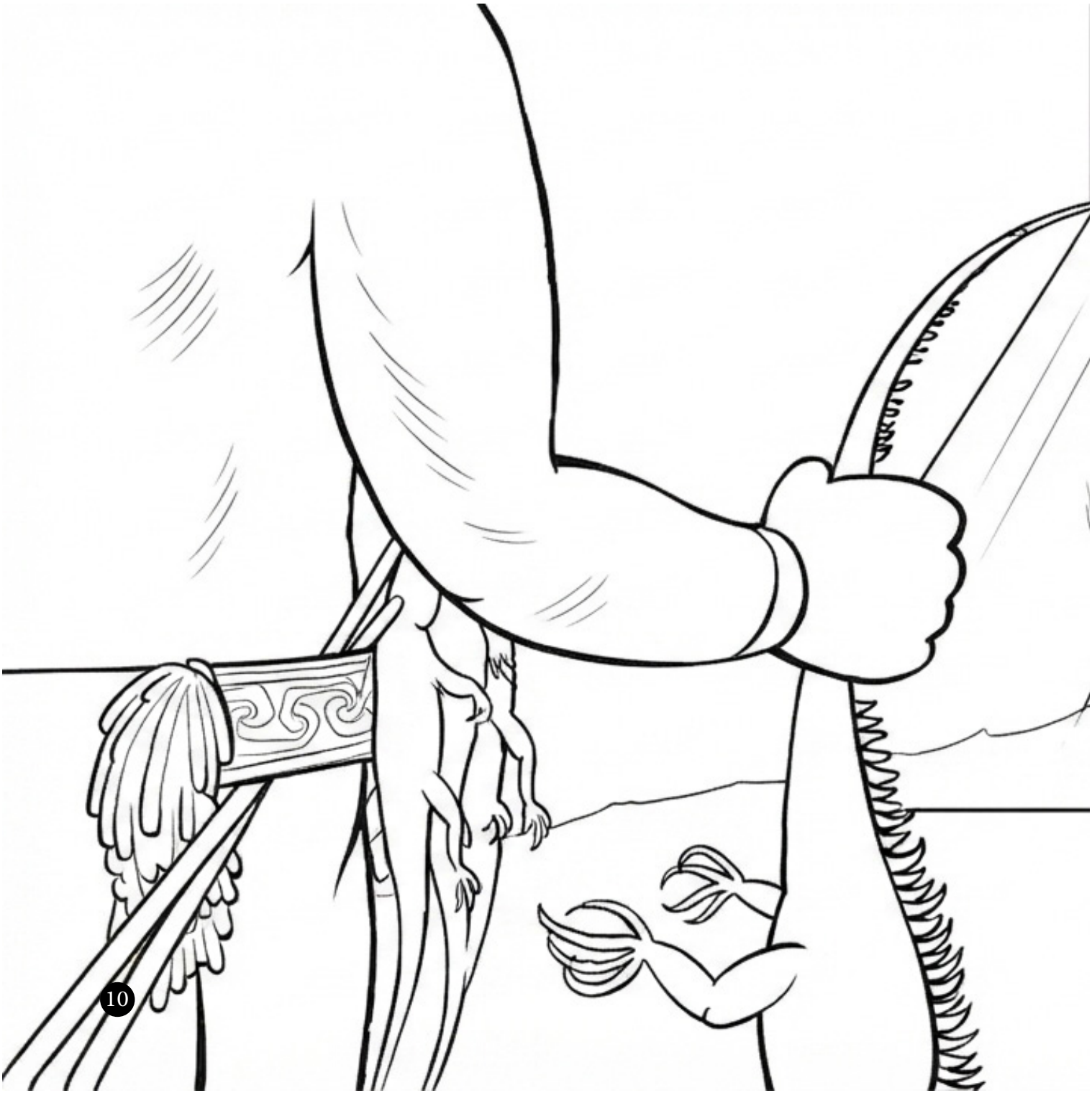


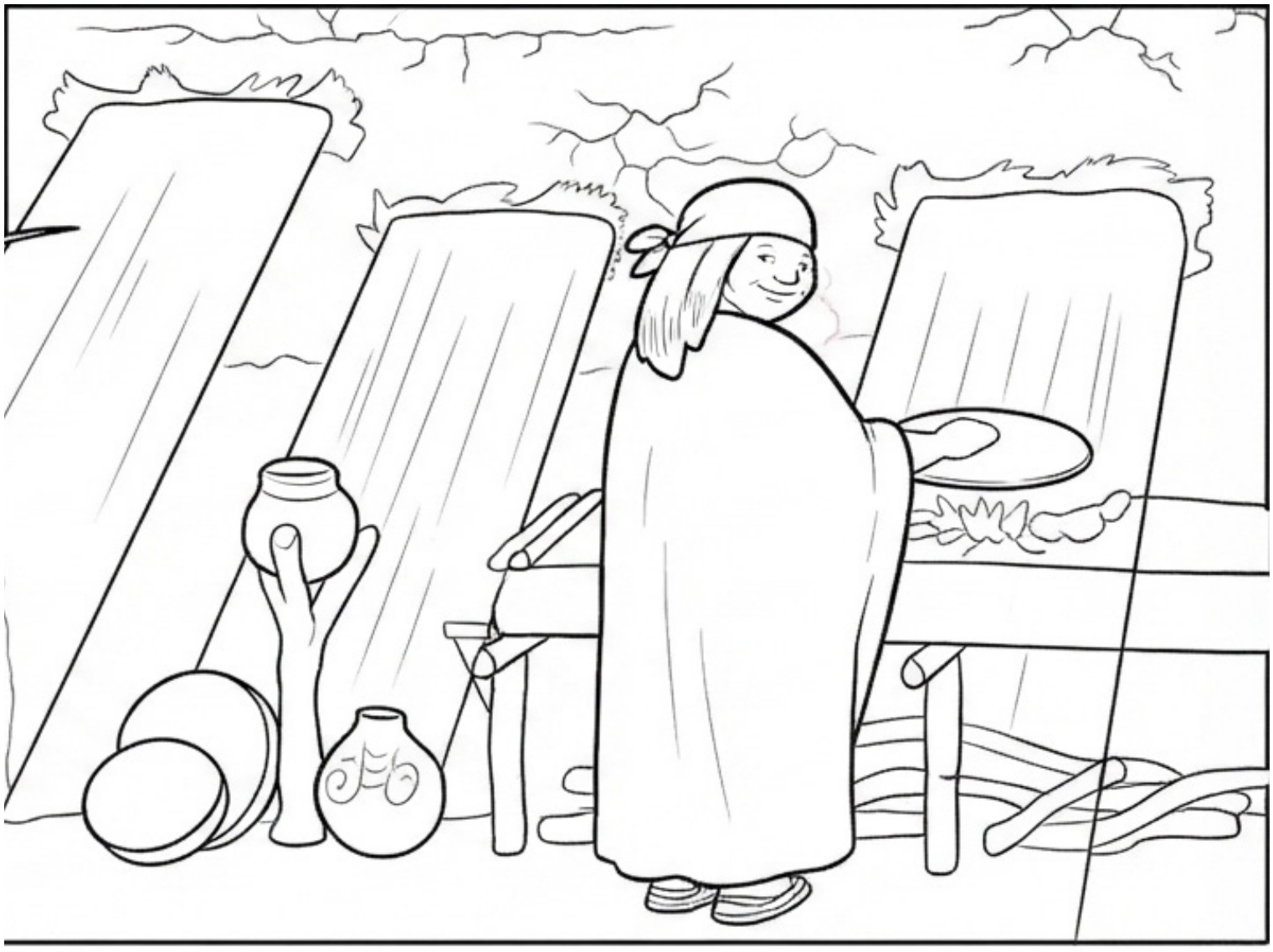
El hombre tenía un conuco no muy grande donde, en época de lluvia, sembraba con su mujer maíz, auyama, frijol, pepino, millo, yuca dulce o si no yuca brava, junto a otras plantas que conocen y cultivan los wayuu.



Cuando iba al monte a cazar, el hombre llevaba consigo un arco y sus flechas. Tenía flechas para cada tipo de animal.
Unas servían para cazar conejos, otras, venados, iguanas y así.







Como era buen cazador, de regreso siempre traía algo, aunque fueran machorros o palomas de monte, las cuales sin tardanza preparaba y comía con su familia.

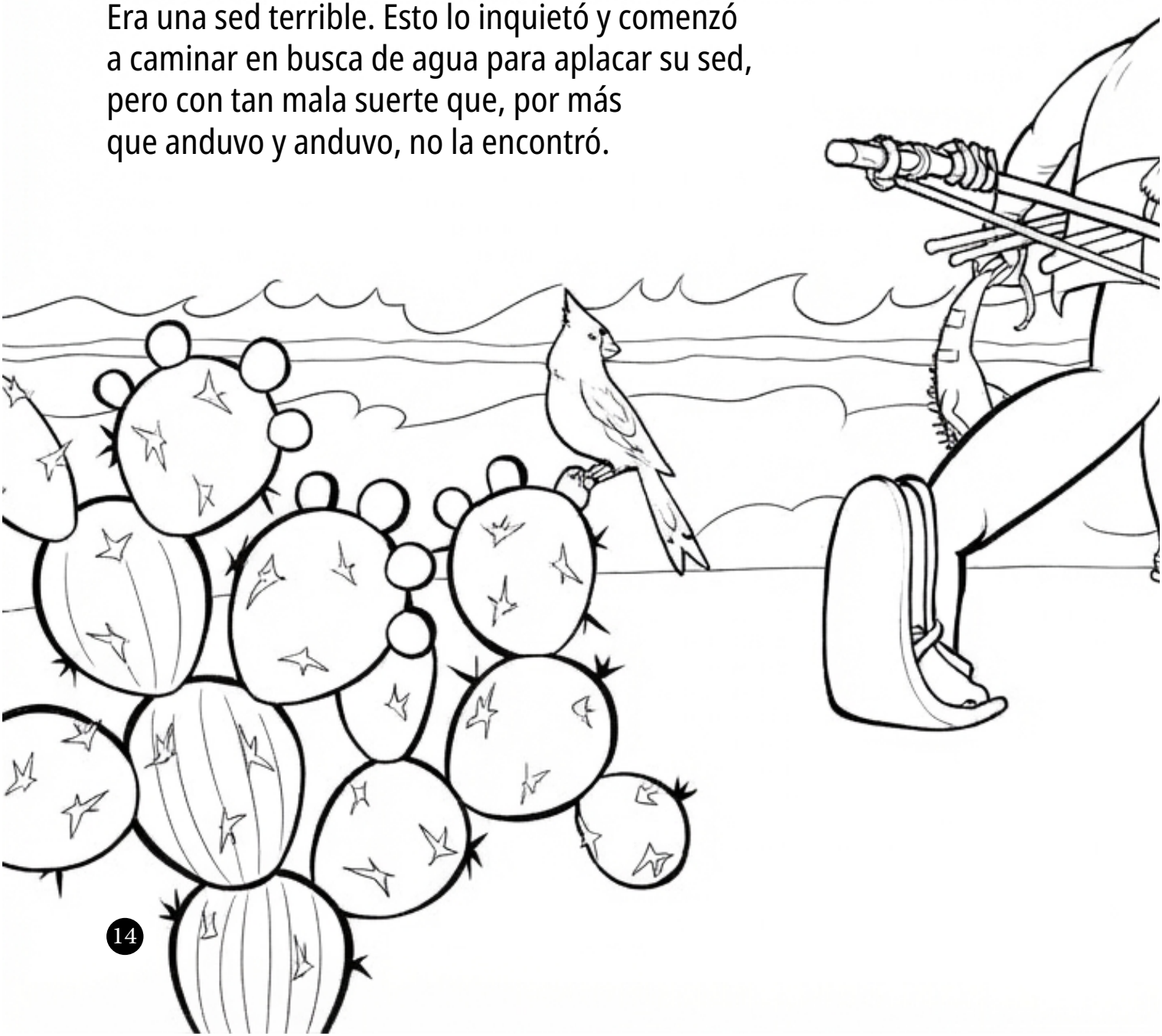


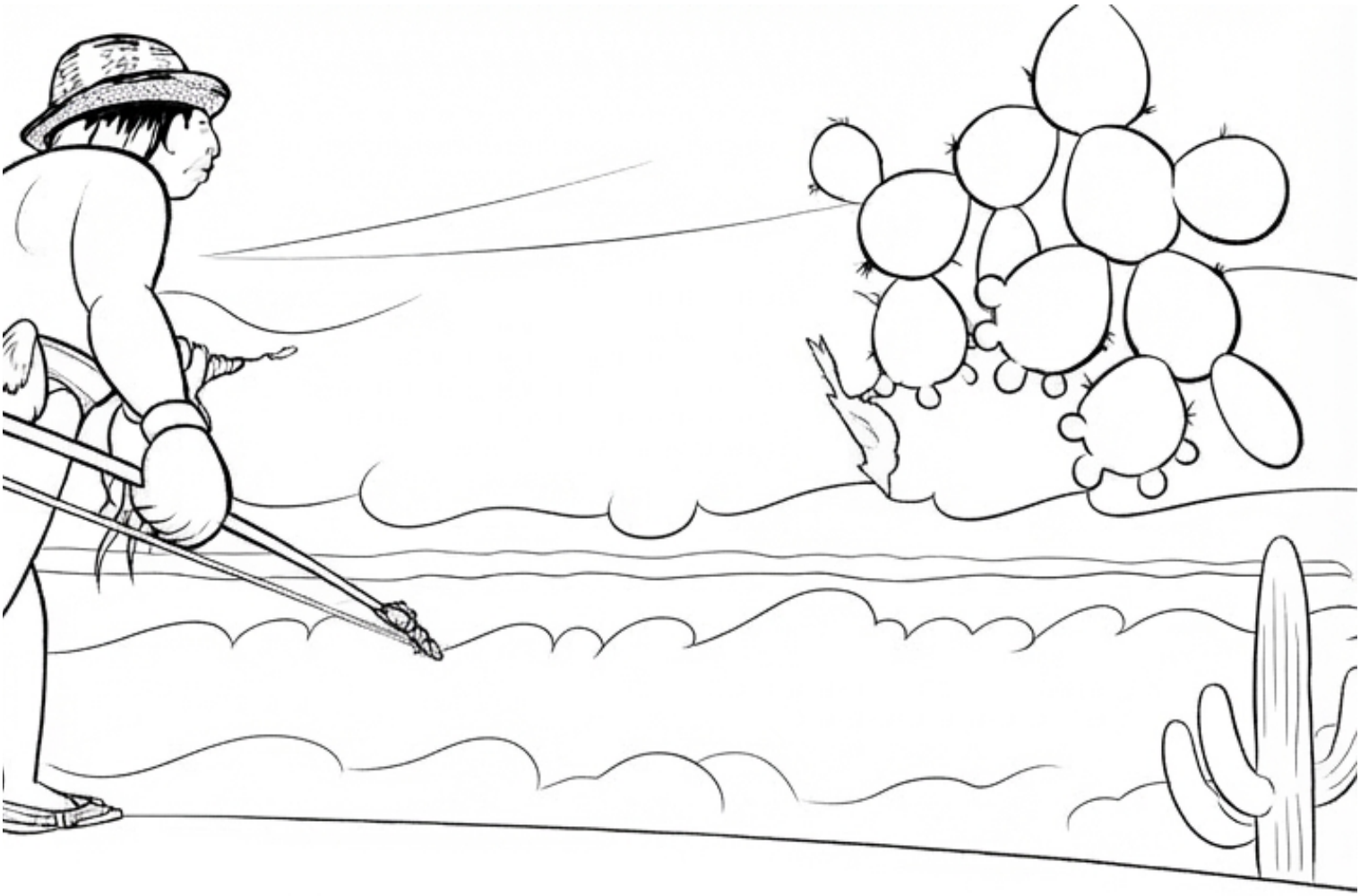
Un día que estaba cazando,
el hombre sintió sed.



Ya en su cinto colgaban varias iguanas,
conejos y unos cuantos machorros
en las puntas de sus flechas cuando,
agobiado por la sed, desistió de cazar.

Era una sed terrible. Esto lo inquietó y comenzó a caminar en busca de agua para aplacar su sed, pero con tan mala suerte que, por más que anduvo y anduvo, no la encontró.





Inútilmente caminó sin descanso hasta que, desorientado,
comenzó a ver las cosas al revés, perdiéndose en el monte.

Ante esta circunstancia, el hombre pensó que, irremediablemente, moriría solo en aquel monte.





—¡Qué lástima de mí que he tenido este destino!
¡Qué lástima que mi gente no vea mi rostro al morir,
y que mi carne sea alimento de los feos zamuros!
—se decía a sí mismo con profunda tristeza.

Sin embargo, el hombre no se daba por vencido ante la muerte y, de solo imaginarse en esa horrible situación, se aferraba a la vida, diciéndose:

—¡Ojalá yo tuviera un poder sobrenatural para convertirme en otra cosa y no morir!

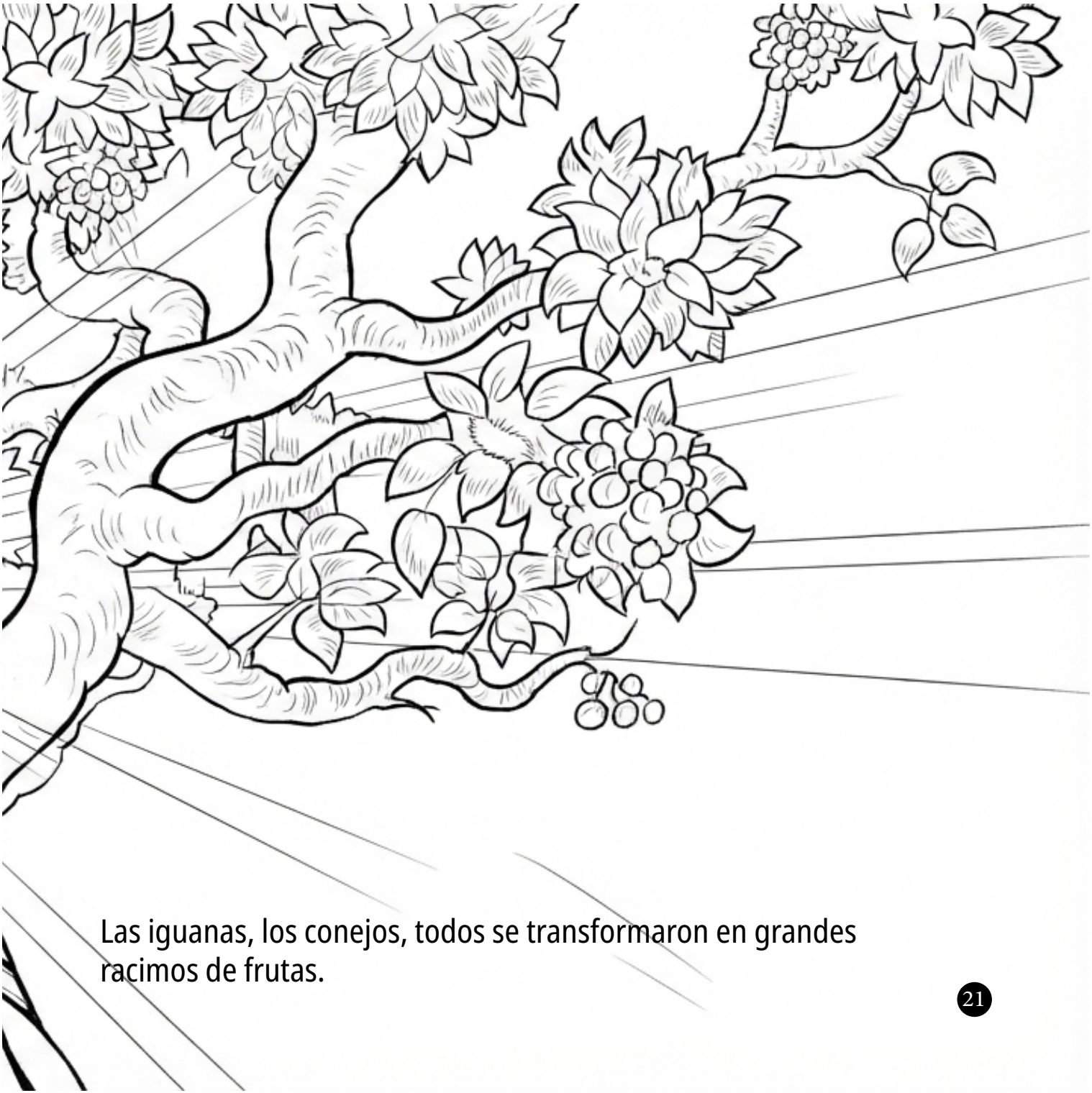




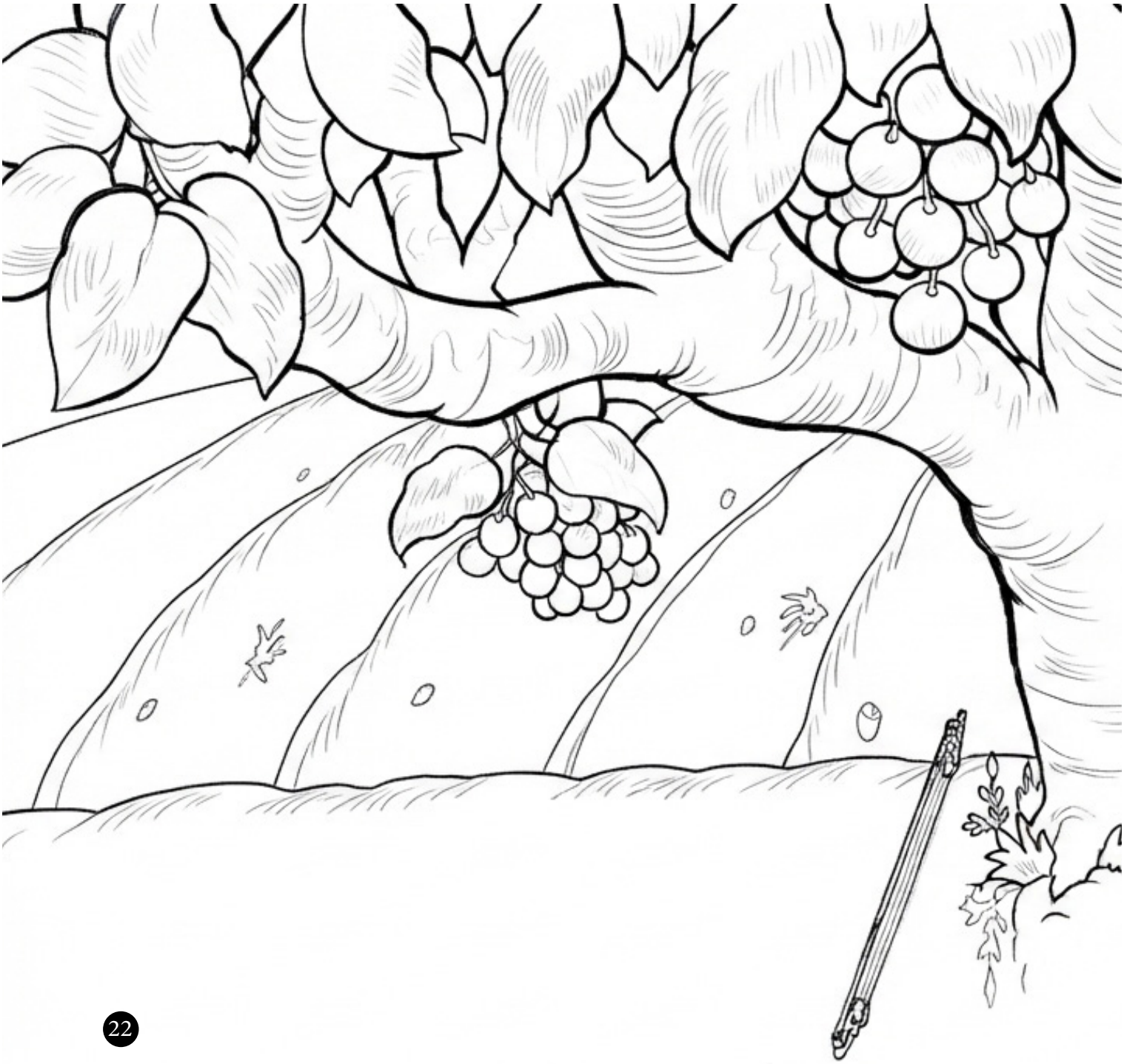
Después de esto, el hombre sintió que algo le ocurría.

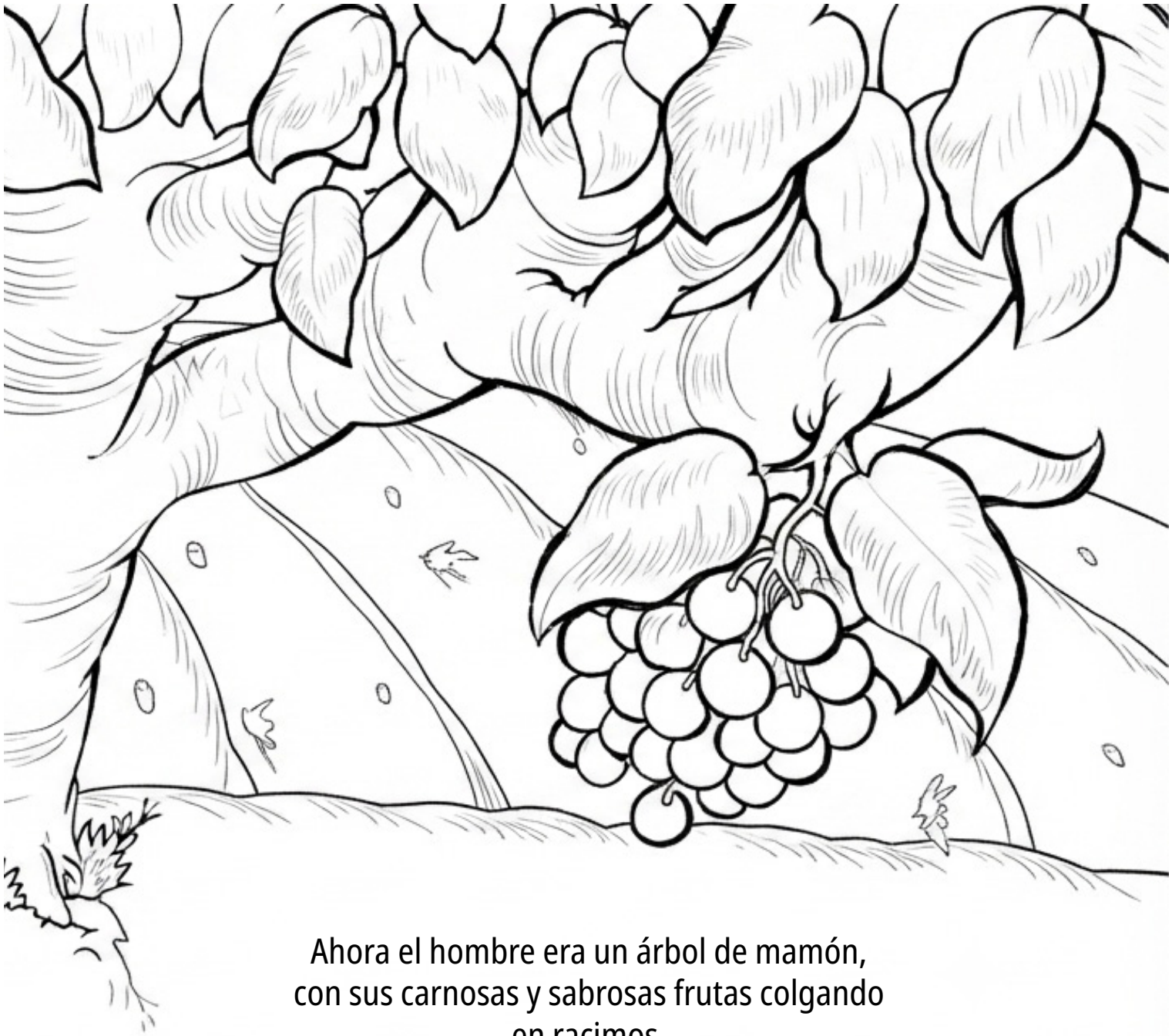
Súbitamente, se convirtió en un árbol.
¡Un árbol corpulento y frondoso!
Las presas que llevaba consigo también se transformaron.





Las iguanas, los conejos, todos se transformaron en grandes racimos de frutas.





Ahora el hombre era un árbol de mamón,
con sus carnosas y sabrosas frutas colgando
en racimos.



Así cuentan. Por eso, en la Guajira dicen que el mamón tiene un misterioso poder.



Si de niño comes mucho sus frutos es seguro
que, cuando crezcas, te hará sufrir a menudo
a causa de la sed, como le ocurrió a aquel hombre
cuando cazaba en el monte.

El árbol que daba sed es un cuento wayuu que nos ofrece Miguel Ángel Jusayú. El autor recoge de la tradición oral de su pueblo un tabú o prohibición según la cual en la infancia no se debe comer mamón con frecuencia, pues esto puede llevar en la adultez, a quien lo infringe, a ser víctima de la sed. Antes, esta prohibición era bastante respetada, sobre todo en la Alta Guajira, al extremo norte de la península, donde escasea el agua dulce y es posible morir de sed.



Hasta hace muy poco tiempo la mayoría de los idiomas indígenas del país, sus conocimientos y literatura se transmitían de una generación a otra de manera oral. En épocas recientes, se han realizado los estudios necesarios para ir logrando una correcta transcripción de estos idiomas, respetando sus propios sonidos y reglas gramaticales, a fin de conseguir una escritura lo más fiel posible al espíritu y sonoridad de cada idioma. En el caso del wayuunaiki, existen en la actualidad, por lo menos dos sistemas diferentes de transcripción práctica: el de Miguel Ángel Jusayú y el Alfabeto de las Lenguas Indígenas de Venezuela (ALIV), aprobado en 1979 por el Ministerio de Educación, ligeramente distintos entre sí. Como estamos en un período de transición, hasta que la praxis social consolide un sistema definitivo, ofrecemos a continuación la transcripción del cuento según el ALIV.



Los wayuu somos el pueblo indígena más numeroso en Venezuela. Un pueblo orgulloso de su gentilicio cuyo idioma, el wayuunaiki, pertenece a la familia lingüística amerindia arawak. Esto quiere decir que nuestro idioma contiene palabras y formas gramaticales similares a las de otras lenguas con las cuales comparte un origen común.

En tiempos no muy lejanos, los pueblos de lengua y cultura arawak conformamos naciones libres y soberanas que poblaron buena parte del continente y numerosas islas del Caribe. Es a partir de 1500 cuando sucesivas huestes de conquistadores europeos logran adentrarse hasta nuestro territorio en Tierra Firme, provocando cruentos enfrentamientos y transmitiendo enfermedades como la viruela y el sarampión.

Ante esta situación, nuestros antepasados se refugiaron en la áridas tierras de la Península de la Guajira, que hoy se encuentra dividida por la frontera entre Venezuela y Colombia. Aquí siguen estando la mayoría de nuestras comunidades más tradicionales y, para los wayuu de ambos países, seguimos siendo un mismo pueblo, y nuestra tierra una sola. Actualmente, muchos de nuestros parientes viven y trabajan en zonas urbanas; principalmente en Maracaibo, la capital del estado Zulia, y en Maracaibo y Riohacha, en Colombia.

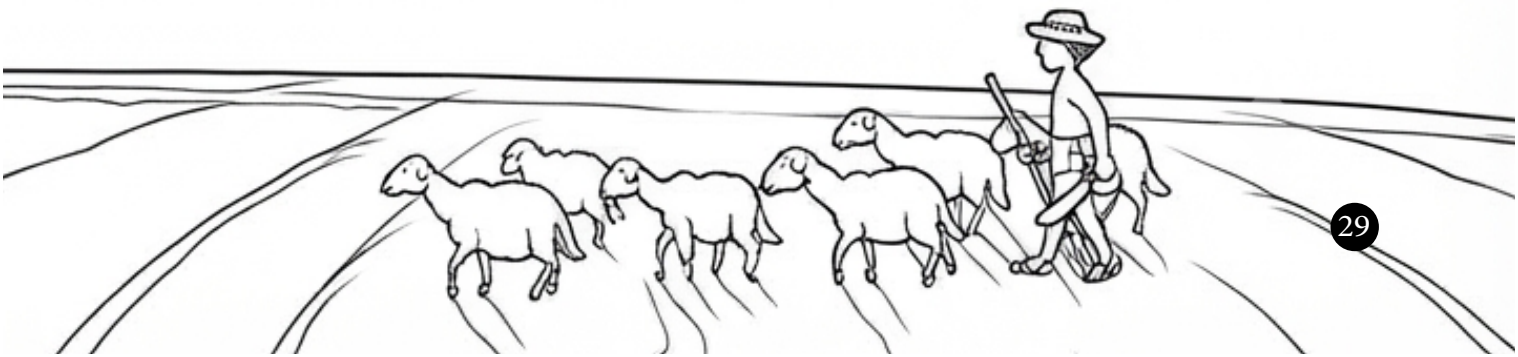
Herederos de una antigua tradición agrícola, los wayuu hemos sabido aprovechar estas tierras donde cultivamos y recolectamos una innumerable variedad de plantas. Además, cazamos, pescamos y creamos diversos objetos para el comercio. Aunque la cacería ha disminuido su importancia, siempre está presente en nuestra memoria, a la hora de narrar cuentos o relatar las hazañas de nuestros antepasados guerreros.



Nuestra sociedad está organizada en clanes matrilineales; esto significa que al nacer pertenecemos al clan de nuestra madre. Cada clan está asociado a un animal totémico y a un territorio, en el que reposan los restos de nuestros antepasados, así como a ciertos símbolos y figuras geométricas. Los clanes son una red de grandes familias, en las que las mujeres adultas, por su templanza y sabiduría, son muy respetadas.

El nacimiento, el paso a la vida de adultos y la muerte de cualquier wayuu van seguidos de una serie de rituales y ceremonias, mediante los cuales sus parientes les ayudan en el tránsito hacia la nueva etapa. Por eso, al personaje de este cuento le cuesta tanto enfrentar la muerte estando solo. Para su consuelo, sufre una transformación, en este caso definitiva, que lo libra de una horrible y solitaria muerte. Hay también transformaciones temporales, que salvan de peligros inminentes a quienes tienen el poder de lograrlas. Existe también la transformación como castigo para quienes, por su mal comportamiento, se hacen susceptibles de ser convertidos en cualquier cosa. Y hay otra y más importante transformación: la de las sucesivas etapas de la creación del mundo, a lo largo de las cuales los seres humanos se transforman en animales, en plantas, o en sus espíritus y viceversa, en un ciclo de nunca acabar.

¿No crees en la magia de la transformación? Nosotros no sólo creemos en ella, sino que somos artífices de una muy importante. De un pueblo guerrero nos transformamos en un pueblo de pastores, sin por ello dejar de lado nuestro espíritu combativo. Los rebaños de ganado, ovejas y chivos, que antes de los españoles no existían en América, hoy se transforman en alimentos para compartir, ofrendar e intercambiar. Así somos.



Miguel Ángel perteneció al clan Jusayuu, el del mapurite. Este destacado y reconocido intelectual wayuu nació en Jiichiwo'ulu en la zona de Nazareth, Alta Guajira, el 20 de agosto de 1933. Allí, desde muy pequeño, se incorporó a las tareas de pastoreo de su familia. A los 9 años, como consecuencia de una enfermedad, perdió la vista. En 1950 ingresó al Instituto Venezolano de Ciegos en Caracas para iniciar estudios de Educación Primaria, los cuales culminó existosamente en 1956. Dos años después, se convirtió en el primer maestro en la enseñanza del código de lectoescritura Braille, en Maracaibo. Desde entonces, Miguel Ángel Jusayú dedicó la mayor parte de su vida a la investigación y promoción del idioma y la literatura del pueblo wayuu, desarrollando además, un original sistema de transcripción fonético-práctica, gracias al cual logró pasar su idioma a la escritura. Publicó varios libros de relatos guajiros, diccionarios y gramáticas del idioma guajiro o wayuunaiki, su autobiografía y el conocido cuento «*Ni era vaca, ni era caballo*», publicado por Ediciones Ekaré y traducido a diferentes idiomas europeos. Gracias a su obra e incansable trabajo, ha sido reconocido con varios premios y distinciones, entre ellos el título Doctor Honoris Causa de la Universidad del Zulia. Hoy su voz y su saber honran esta colección dedicada a la promoción de la literatura y los idiomas indígenas. Fallece el 8 de junio de 2009.

Oswaldo Rosales, artista plástico, ilustrador y diseñador gráfico. Licenciado en Artes, egresado del Instituto Universitario de Artes «Armando Reverón» de Caracas. Ha ilustrado textos escolares para Romor y San Pablo Ediciones y libros de literatura infantil para varias editoriales venezolanas, entre ellas Florilegio, Isabel de Los Ríos, Usiakurí y Fondo Editorial Artemis. También, ha ilustrado para la editorial High Seas Publishing, de Colorado, USA.

GLOSARIO

Árida: tierra seca, estéril, de poca humedad.
Auyama: planta originaria de América, de la cual existen muchas variedades de forma, color y tamaño. También se la conoce como calabaza.
Caraota: planta herbácea también conocida como frijol negro o judía.
Conuco: parcela pequeña de tierra destinada al cultivo.
Frijol: fruto y semilla de una planta papilionácea, también conocida como judía o guisante.
Iguana: nombre indígena de unos reptiles parecidos a los lagartos. Algunas de las especies alcanzan hasta un metro de longitud. Su carne y huevos son comestibles.
Machorro: especie de largartija que abunda en la Guajira y otras zonas del país.
Mamón: árbol corpulento de la América tropical, de copa tupida y fruto comestible.
Millo: gramínea, con cuyo fruto o grano se preparan diferentes tipos de alimentos para la gente y el ganado.
Pepino de monte: fruto de una planta rastrera, que se da de manera silvestre en la Península de la Guajira.
Yuca amarga o dulce: variedades de una planta originaria de América de cuya raíz o tubérculo se obtienen diversos alimentos.
Zamuro: ave de rapiña, parecida al buitre, que se alimenta de restos de animales muertos.



PUEBLOS INDÍGENAS DE VENEZUELA



El árbol que daba sed
Se imprimió en el mes de septiembre de 2026
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela.
Son 1000 ejemplares.



CUENTO WAYUU

EN VERSIÓN DE
MIGUEL ÁNGEL JUSAYÚ

ILUSTRACIONES
OSWALDO ROSALES

COLECCIÓN WARAIRAREPANO

9 789800 126561

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

PUBLICADO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

Ministerio del Poder Popular para la
CULTURA
VENEZUELA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve